

EL IMPOSIBLE CONOCIMIENTO LITERARIO *COMPLETO* DEL NOVELISTA CASTILLO-NAVARRO

José Luis Molina

Dr. en Filología Hispánica

Del Grupo de Investigación ERA (Estudios de Retórica Actual

Académico correspondiente de la de Alfonso X el Sabio de Murcia



El conocimiento literario que poseo de/sobre Castillo Navarro (en adelante CN) comienza con mi lectura de *El niño de la flor en la boca* y otros cuentos que figuran en esta publicación del año 1959, allá por el año 1965. Mi conocimiento personal tuvo lugar un año antes, por un motivo o circunstancia que no viene al caso, en su casa de la calle Pérez Casas de Lorca [1], cuando se ocupaba en escribir para algunas revistas barcelonesas y hacer informes literarios para la editorial Planeta [2]. Entre 1963 y 1971, estoy fuera de Lorca por motivos profesionales, aunque regrese siempre durante las vacaciones escolares, dada mi condición de docente, o todos los fines de semana cuando residía en Pulpí (Almería) entre 1965 y 1971. Durante mi actividad docente en la escuela unitaria de Benzal (Pulpí), escuché algunas cosas relativas a su amistad con Antonio Díaz Quesada, con el que tenía, al parecer, negocios, él o la familia de su esposa. Viene esto a colación para especificar que estaba al tanto de su actividad, fue presidente del Paso Azul (1969-1978), y trataba de localizar sus obras para leerlas. Siendo presidente del Club de Tenis La Quinta, profundizo en su amistad. Cuando lo deja y se refugia en la casa de quien había sido su labrador, en el Camino de las Zahúrdas (Pasico-Campillo), reescribe o corrige *Mata Mala Mata*. Por lo tanto, esta novela debe estar escrita, en primera instancia -más tarde se especifica con mayor precisión-, antes de o sobre 1970, porque yo veía al novelista dale que te pego a la máquina en las oficinas del club. Desde 1982, he utilizado mi influencia en diferentes instituciones para que los conocedores de su obra disertasen sobre ella de modo que la joven generación nueva tuviese ocasión de conocer sus novelas. Todo esto concluye con la celebración de un congreso sobre su obra, organizado por la Universidad de Murcia y celebrado en Lorca en el año 2008, con el patrocinio del Ayuntamiento de la ciudad.

Ni siquiera con mi alejamiento voluntario de Lorca y llegada a Calabardina en ese mismo 2008, se alteró nuestra amistad. Es más, venía con cierta regularidad a verme con su secretario u hombre para todo Fouad Touil. Hasta que el pasado junio, en una de sus visitas, me pidió los originales que tenía de su obra. De *Cuentos para aprender a vivir* se llevó el ejemplar que me había obsequiado al menos treinta años antes. *Mata Mala Mata* tampoco la acabé de leer y también se llevó cuanto me había dejado de ella unos días antes. El poeta medieval hubiera dicho dele Dios mal galardón, y yo, por el gran afecto que le profeso, personal y literario, digo que sea siempre lo que Dios quiera: mi amistad está por encima de ello, por lo que no cabe ni el enfado.

¿Qué sentido tienen estas dos obras inéditas en el corpus literario de CN? Desde mi concreto punto de vista, de lector y de crítico, la inexistencia de la novela de CN en el mercado imposibilita su lectura, lo que ha producido un alejamiento público-autor ya irreversible. Por lo tanto, es indiferente que estos textos se publiquen o no, porque no hay lectores de su obra en este mismo momento. Si la novela de CN se reeditara en la actualidad, además de encontrarse alejada de los gustos del público, tras casi 50 años de su aparición, quizá no tuviera reconocimiento por parte de los lectores actuales, tanto por su complejidad (*Las uñas del miedo*) [3], por su localismo (*Con la lengua fuera*), por su inactualidad (*La sal viste luto*) o por otras razones, literarias -la superación técnica del modo de novelar en su época- o extraliterarias (el paso existente entre la sociedad de masas y la sociedad de la ignorancia), consecuencia de la modernidad. La novela de Castillo Navarro es de lectura minoritaria.

Todo esto lo deduje de mi actividad como editor y prologuista de sus novelas *El cansado sol de septiembre* y de *Manos cruzadas sobre el halda*. De estas dos, la primera se podría leer bajo el epígrafe novela de/sobre la guerra civil, y la segunda, si se tiene en cuenta el cariño del autor a la misma, por su lirismo. Queda como la gran novela de/sobre la prostitución, *Caridad la Negra*. Sin obviar que, hoy en día, el tema tiene otros tratamientos y recepción ideológica y no despierta el interés con la intensidad de entonces, ni, seguramente, ningún interés, porque los usos y costumbres amorosas de ahora son otros, ni mejores ni peores, otros. Por eso, acudimos a *Los perros mueren en la calle* (1961) [4]. ¿Por qué considero interesante esta novela? Porque implica una salida de la temática del *yo*, presente en sus novelas anteriores. La temática del *yo* comprende las novelas en las que trata su entorno y sus propios demonios y *Los perros mueren en la calle* indica una salida de sí mismo y una entrada en el *otro*, en la temática propia de la novela urbana. Todas estas cuestiones hubieran debido ser aclaradas por el mismo CN, pero el novelista no ha sido explícito en ello y lo ha soslayado porque es

muy celoso de su intimidad y, en las entrevistas cuenta siempre -contaba- sutilezas, lirismos, vaguedades y poco o nada decía de lo que esperábamos. Así sucedió en el Congreso de 2008. Al cortarse sus publicaciones, jamás podremos saber por dónde hubiera podido ir la temática. Punto y final.

Ahora bien. Él mismo ha hablado siempre de *Cuentos para aprender a vivir* de los que hay al menos tres publicados, y lo ha hecho con excesivo empeño, como dándole una prioridad de publicación que no he compartido nunca con él. Son cuentos, sin que mi opinión trate de minusvalorarlos, más o menos en la misma órbita de los publicados en el tomito que abre *El niño de la flor en la boca*, obra maestra éste, sin duda. A mi maduro juicio, no añada nada a su obra publicada, excepto el placer de leer unos buenos cuentos, varios de ellos de tema local e incluso personal, como *Noches en Pérez Casas*, lugar en el que vivió el novelista recién casado, o el que hace referencia al entierro de su madre, *El camino del tiempo perdido*. Son cuentos escritos seguramente recién llegado de Barcelona, entre los años 60 y 70 del siglo pasado y que ya cita Chani Espejo en su tesis doctoral sobre CN, *Castillo Navarro o la pasión por la tierra* (1989). Son cuentos que reescribe constantemente, al menos eso afirma y será verdad, porque así lo ha hecho con los ya publicados en la colección que inicia *El niño de la flor en la boca*. Para darse cuenta de esto sólo hay que comparar el texto de la primera con el de la segunda edición, la que le hizo el Ayuntamiento de Lorca en su día. Habría, pues, que hablar de segunda edición revisada o/y corregida. Pero, para los que no conocen la primera, la segunda edición -la corregida- pasa por ser la primera.

Entonces queda, en mi opinión, una novela de título sugerente, *Mata Mala Mata*, cuya lectura no he podido completar y tampoco lo podré hacer. Sólo puedo escribir de lo que recuerdo de ella. Añadiré un párrafo para cuya publicación me autorizó CN, que figura en mi comunicación leída en el Congreso de 2008 [5], y así no puedo caer en apropiación intelectual indebida, y otro que me dio en años anteriores en unos folios que estaban destinados a la papelera. A lo largo de 2013, CN me habló en varias ocasiones de su publicación y de que me la iba a dejar para que la metiera en el ordenador y tenerla en un DVD para más comodidad. Ni ocurrió lo primero y se frustró lo segundo. En el texto que vi, una versión original mecanografiada, había, casi al final del mismo, muchos párrafos tachados con t́pex y reescritos encima (en el espacio interlineal) a lápiz con una letra que no me parecía la de CN y difícil de leer. Así que entendí que restablecer todo aquello no sólo era un trabajo ímprobo de dudoso resultado e incierto fin, pues no tenía seguro lo de su publicación por editorial comercial. Es más, el arreglo del texto, según reflexioné, le pertenecía al propio autor. Así que los textos

volvieron a su dueño y de ellos no supe nada posterior a este hecho. Pero es un trabajo que se puede hacer, puedo hacer.

Según mis recuerdos, escrita esta novela años antes como ya he dejado dicho, vi, por los años 80, en numerosas ocasiones a José María en su habitación rehaciéndola o añadiendo episodios, algunos trozos de los cuales me leía cuando bajaba a visitarlo a casa de Antonio, su ex-labrador, los sábados o domingos con mi hija Belén muy pequeña entonces. En estos viajes, le llevaba la prensa con suplementos literarios, libros u otras cosas que me pedía. Así que, escrita hacía tantos años, es de pensar que, si hubiera querido, la hubiese publicado. ¿Por qué no lo ha hecho? Porque no ha querido, no lo han dejado, perdió interés por la literatura y mantuvo su status de escritor, o no merece la pena publicarla. Me inclino por la primera causa. Vino a Lorca y dejó de publicar según él, de escribir según otras opiniones. Ni siquiera quiso contestar a esta pregunta cuando fue interpelado directamente por Santos Sanz Villanueva, estudioso de su obra, en el citado Congreso de 2008.

Si me he referido en tantas y tantas ocasiones a lo correcto de esta novela y a la necesidad de su publicación, se debe a que es algo distinto y diferente de cuanto había publicado antes. Literariamente es algo que no tiene nada que ver con lo anterior, con lo publicado. Estilísticamente es una novela en cierto modo experimental o vanguardista. Temáticamente se acerca, con todas las reservas, a la novela biográfica, al menos facilita datos que encajan en su biografía. Estructuralmente es una novela de su época, no de 2014, sino de 1975 o sus cercanías. El mismo novelista es un personaje en la novela, quizá el principal, de ahí la afirmación anterior.

No cuenta la novela nada de la vida del novelista en Barcelona, pero sí, identificado el nombre del novelista con el de la vida real -según me confesó el propio CN-, advertimos relaciones de ese personaje con otros que han tenido contacto con él, como Marcella Altieri, la traductora al italiano de *El niño de la flor en la boca*. Así pues, arranca la novela en Roma indagando en la psicología de los personajes, elemento propio de su novela anterior, para justificar así las propias acciones que surgen en el desarrollo de la novela.

Si acudimos a su biografía, nos damos cuenta en seguida de que había pasado un año en Italia, por lo que, literaturizada, es la narración ficcional de ese tiempo ocupado o no en lo que cuenta. Más que la acción, lo verdadero es el lenguaje con el que la envuelve; qué dicen los personajes es más trascendente que lo que hacen. Escribo desde el recuerdo, desde la recreación de cuanto leí y/o me contaron, más que desde una

lectura profunda que, en verdad, debí de haber hecho de haber podido. Hay una evidente ruptura en esas relaciones que ocasionan el regreso a España del novelista.

Ya en España, la acción se centra en la actuación de una comunidad de propietarios de una urbanización de la que cada uno intenta extraer unos beneficios que no tengan los otros, aunque se llame Sociedad de Amigos de Carboneras y se diga que pretendían atraer el turismo a la zona. Esto, que parece tan importante para el estudio de la condición humana, novelísticamente hablando sólo sirve para caracterizar los personajes. Ninguno de estos personajes son reconocibles *per se*, aunque un par de ellos posee rasgos que, con información conseguida por otros medios, permite una suposición que sólo se convierte en certeza, cuando es el propio novelista el que informa. Ejemplo: habla del doctor que ha inventado la oreja electrónica y bien puede ser el doctor Tomatis. Es cierto, sobre todo cuando se localiza en la red al menos tres videos con el doctor Alfred Tomatis (1920-2001) y sus alumnos departiendo en su casa de Carboneras, como ocurre en 1992 (www.youtube.com/watch?KwM8kMYDeA). ¿Cómo se sabe que el espacio de la novela en estos momentos se encuentra en Carboneras? Pues porque algunos detalles onomásticos hacen que sea posible y, sobre todo, por cuanto narra algunos sucesos relacionados con el rodaje de *Lawrence de Arabia*, película dirigida por David Lean e interpretada por Omar Sharif y Peter O'Toole, amigos de Dominique Aubier, rodada por el mar y ramblas desérticas de Carboneras, estrenada en 1962. Esta significativa fecha viene a decirnos que CN ya estaba en Lorca o Cantigueras -nombre literario de Carboneras- hacia 1960 y que poco después debió de concebir la trama de la novela y la inclusión en ella de su experiencia con relación al rodaje de la película. Pero reconocer (o no) un lugar o ciertos personajes ni añade ni quita nada a la novela, ni la enriquece ni la empobrece, es igual. Morbo puede haber por estas tierras por si algunos de sus personajes son lorquinos, pero en Huelva o Vigo o Barcelona, por no citar otras ciudades, no importa nada. Ni siquiera en Lorca. Es obvio que el novelista puede o hace adornar sus personajes novelísticos con rasgos de personas más o menos conocidas para él. Por ejemplo: si se conoce a Dominique Aubier, se puede saber que anduvo algunos años por dicho territorio, entre 1960 y 1975. Se puede adivinar cuando se hace referencia a sus extensos conocimientos esotéricos porque, en el texto de CN, se cita su libro *Don Quijote, profeta y cabalista*, de 1966. Y uno tiene la certeza cuando se lee en Wikipedia que «ha vivido muchos años en la localidad andaluza de Carboneras». Y si se puede consultar y leer, en francés claro, *Espagne*, (E. du Seuil) que escribe con Tuñón de Lara, se comprobará que en el libro hay una fotografía antigua de la procesión azul de la Semana Santa de Lorca, quizá

se llamara la Esfinge, que sólo puede proceder de CN o de la familia de su esposa. Claro que la investigación produce sus frutos y por detalles colaterales interactúan. Últimamente la revista *Axarquía* ha publicado un artículo en el que recuerda algo de esto, centrado en madame Aubier y sin citar a Castillo [6]. 1966 también es una fecha significativa para fijar el año de escritura de la novela, siempre después de 1966, pues, de otro modo, no podría citar esta publicación. Bien, pues ya está. Y porque esto sea así no sucede nada. Sin embargo, hay momentos mágicamente narrados cual es todo lo relacionado con el rodaje de la película citada, algo que CN me leía en más de una ocasión. Es de un lirismo atractivo.

¿De dónde procede su conocimiento de Marcella Altieri y Dominique Aubier? Pues de su estancia en Roma. Luciano Landi es un editor. En 1961 publica *Roma*, un libro de 109 páginas y 28 fotos. ¿Quiénes dirigen la colección? Marcella Altieri y Dominique Aubier. En el mismo año, Landi le publica a la escritora francesa un libro titulado *Fiesta brava*, con fotos de Francesc Catalá Roca [7]. Es permitido pensar en la información taurina que CN le proporcionaría a la escritora francesa. Y también es lícito pensar que CN las trajera a España y les hiciera participar en el negocio inmobiliario. O no, que fuera Dominique la que lo iniciara. Y que el resto de los personajes que por la novela pululan se conocieran en Carboneras. O antes, como sucede entre la citada Aubier y el matrimonio Hartung-Bergman, conocidos de París. Son sólo suposiciones efectuadas al hilo de la información poseída. Pero fundamentadas. Porque el pintor Hans Hartung (1904-1989), sobre quien también escribe D. Aubier y publica, en 1964, en la casa editorial de Georges Fall, París, aparece en la novela. Y porque D. Aubier también publica un libro sobre Anna Eva Bergman (1909-1987), pintora y esposa de Hans Hartung, en la misma editorial parisina, en 1964, y también aparece en la novela. Y si D. Aubier llega a Carboneras, por qué no suponer que llevara a sus amigos, los personajes de la novela de Castillo Navarro. Quizá no quiera publicar CN la novela porque todavía vive aún gente de la que participó en el negocio inmobiliario, disfrazado de captación de turistas (obviamente comprarían terreno para edificar) de Cantiguerras - Carboneras, como D. Aubier, nacida en 1922 y aún viva, y no quiera que conozcan su interpretación no de los asuntos de negocios, sino acerca de su personalidad y carácter que CN retrata en *Mata Mala Mata*.

La descripción interpretativa del rodaje de la película viene a ser, más o menos, como queda en este párrafo procedente de unos folios que CN iba a tirar a la papelera en casa de su ex-labrador y me los regaló:

«... la historia de *Lawrence de Arabia*, que acabó de trastornar a los nativos, cuando los equipos de cineastas arribados a Cantigueras les pusieron a construir un pueblo moro, vistiéndoles después de mamarrachos para hacerlos rodar como extras en aquel tumulto de película.

José Cruz afirmaba, encantado, que era bueno dar a la gente la posibilidad de soñar, pero, a nosotros, que con su trabajo les asegurábamos el caldo del pescado, nos dejaron en cuadro. Un gitano, a quien llaman «el Vaca», volteó en su casa la cazuela, diciendo a su mujer que un califa no podía comerse aquella porquería, y ella me contó, llorando, que su marido creía ser el rey moro, cuando sólo era un artista de cine.

Las obras pudieron reanudarse cuando acabó el rodaje, pero aquel pueblo falso que levantaron en la rambla, marcó un hito en la historia de Cantigueras, con toda su secuela de hallazgos y frustraciones.

¡qué le vamos a hacer...! El mundo está loco y no tiene remedio.»

«(la noche antes no era más que un ramblizo, un pedregal en el que sólo crecían tarays, adelfas, pitas, bojalagas y alguna palmera enana sin cimbreos.

pero, al asomar el sol, se hizo la luz tras la linde de la tierra y todos, moros y cristianos, salieron prestos a saludarlo, con la frente puesta sobre el suelo, los pies y las manos juntos y el corazón ávido de soledades, que era una manera tan válida como cualquier otra de dialogar con el silencio.

alguien dijo:

-¡alabado sea Alá!

y alguien, desde lo alto de una torre coronada de barro, recogiendo la voz con las manos repitió:

-que Alá sea siempre con nosotros.

la instrumentería se puso a vocear y los mil pájaros que habían anidado en la ancha boca de las trompetas a repasar músicas y aires de los que aprendieron en pleno vuelo, o tal vez pajareando entre los árboles que aparecían encorvados.

sobre el azul del mar fondeaban barcos de verdad y barcos de mentira, siendo hombres de carne y hueso los que timoneaban los barcos de mentira, llevándoles por rutas aún sin dibujar en los papeles.

arriba, en los mástiles y a contraviento, flameaban banderolas y gallardetes de trapo rojo, sobre los que las lunas, menguantes o crecientes, confundían igual a los vientos que a las mareas, a las calmas chichas que el vendaval y al oleaje.

de uno de los barcos, el más grande, surgió una llamarada y, sin dejar de chillar, fue de la parte de estribor a la mar que, luego de encabritarse, se puso a vocinglar, enredadora.

desde un acantilado, alguien alargó mucho el brazo para asir el mar por uno de sus extremos y, después de alzarlo y sacudirlo, lo dejó, ingrávigo y tembloroso, sin encontrar acomodo ni en la tierra ni en el cielo.

-¡se nos muere! –dijo uno.

-¡sí! –aclaró otro-; ¡la mar tiene repeluznos y se nos muere!

-¡echarle algo por encima y abrigarla! –gritó un tercero, a quien el aire de levante había puesto lágrimas en sus ojos, a través de los que pudo ver una mujer de rodillas que se quitaba un chal y cubría con él una parte del agua.

-ahora –sentenció-, cuando entre en calor y reviva se pondrá a haraganear de nuevo.

sorteando la Puntica y navegando la Isla de San Pancraccio, el chal, el velo, la bruma o lo que fuera, se levantó, girando y creciendo hasta alcanzar una nube cárdena y alongada que iba camino de poniente.

alguien hizo rebotar una moneda una moneda sobre la tromba de agua y exclamó:

-un torbellino, no –replicó la mujer, después de volver sus ojos hacia adentro-. Si estuvieras atento a los signos de los tiempos, verías que es una señal y no un torbellino ni una tromba de agua.

-¿un torbellino y una tromba de agua no son lo que estamos viendo?

-por supuesto que no.

-sí que lo son.

-lo que tú ves, puede; pero es bien distinto lo que ve mi pensamiento.

el hombre dejó caer sobre la arena su moneda de plata y la mujer, tras soplar y hacerla florecer, quedó a la espera del viento que acabó por llegar y se la llevó camino de los cielos.

-y eso –preguntó la mujer-, ¿es un torbellino de agua o una metamorfosis?

-una metamorfosis, no. Como siempre –replicó el hombre-, quieres tener toda la razón del mundo.

-¡oh, no...! ¡Por favor, la razón, no; dame la fe y te daré las gracias!

-una mujer que, a cambio de la razón, pide la fe, es una insensata.

-¿como mi padre?

-justo. Como tu padre.

uno de los cortinajes, se abrió.

y después otros, surcados todos por listas y colores copiados de los ramblizos que daban acceso a la Ciudad Sagrada de Omán.

-dame la mano y escucha mi corazón –pidió el hombre-; búscalos por ahí.

-¿dónde...? –se interesó la mujer, palpando los sitios indicados.

-menos en el que tiene por costumbre –respondió él, en cualquier parte: el cielo de la boca, la frente, las sienas... Sobre todo en la yema de los dedos.

-sigues pensando en construir el mundo.

-¡no!

-sí, sólo piensas en eso.

-¡qué va...!

-sé honesto y reconócelo. Dime el por qué es manía tuya de pensar sólo en lo que te queda por hacer.

-¡digo que te equivocas!

-¿qué te obsesiona, entonces?

-¡el tiempo!

ambos se arrebujaron entre cojines blancos, en los que marcaron el ancho y largo de sus cuerpos, que eran leves y añiados.

el fleco del alhamar medía la hondura y tiempo de los suspiros y la luz, recortada por el arabesco de los cristales, subía y bajaba fiel al balanceo del cadalecho, cubierto de ricas telas, pieles de cabra y de camello.

el más alto de los esclavos encendió una barrita de incienso y la mantuvo sobre su cabeza hasta que se desparramó el humo cuerpo abajo y alcanzó la altura de sus pies, donde formó una nubecilla, dentro de la que pudo caminar sin ser visto ni escuchado.

otro, como quien no hace, tocó aquí y allá con plumas de alimoche, produciéndose miedos que fueron a mirarse y sonreír en los espejos.

el tercero, después de servir té aromatizado de sándalo, lo ofreció entre zalemas de muy equilibrada ejecución.

-¿no los ves? –preguntó al mujer, al tiempo de tomar una taza de plata.

-¿a quiénes?

-¡a los esclavos! Si aceptas lo que te dan a beber, serás tan libre como mi pensamiento.

-¡estás loca! Sigues con tus visiones de siempre.

fuera, el bramido del mar era acallado por el relincho de los caballos, las correrías de los asnos, el fogueo de la pólvora, el grito de los guerreros y el batir de los sables y alfanjes.

se oyó un gong.

y, antes de morir su eco, un redoble de timbales, seguido de un griterío intenso, en el que sobresalían, entremezclados, los nombres de los caudillos victoriosos sobrepuestos al de los humillados; la algarabía del pueblo acabado de liberar, al de los vencidos; el nombre de los dioses nuevos, al de los antiguos.

-la verdad es que siempre fuiste un hombre soledoso.

-siempre, siempre, no.

-bueno; desde que empezaste a construir el mundo.

-habrás querido decir nuestro mundo.

-¡eso! Pero, dime: ¿acaso tu tiempo perdurará a la muerte?

-¡por supuesto que no! Ahí fuera la tienes, pero, si lanzo mi moneda al aire, sabré por qué cara quiere sorprenderme.

ambos se levantaron para salir y mirar juntos los barcos de verdad y los hombres de mentira, aprestados a defender la gran muralla levantada a lo largo y ancho de la rambla, que daba acceso a la Ciudad Sagrada de Omán.

el esclavo más alto y fuerte, aquel que prendió fuego a la barrita de incienso y se puso a caminar sin ser visto ni escuchado, cogió un puñado de tierra y la aventó, maravillándose, a voz en grito, de que el aire no supiera qué hacer con ella.

el segundo, aquel que tocó aquí y allá con plumas de alimoche y se asustó al sorprenderse en los espejos, se agachó y puso su oído izquierdo sobre el suelo.

el tercero, entonces, se acordó de que alguien había levantado la mar e intentó hacer lo propio con la tierra.

-¡no!

-¿no, por qué?

-¡porque no! Se rompería, no habría modo de lañarla.

-¡pero, qué dices, capirotero! ¿Romperse la tierra...?

-sí, sí: ¡la tierra! Como sigas tirando así, ahí donde la ves, es capaz de darse la vuelta.

-¡oye tú, que la tierra no es como la mar, que crece y mengua a capricho de la luna!

-¿de dónde eres tú?

-anda; de por ahí.

-lo preguntaba por saber si eres escolante o jabegote.

-ni lo uno ni lo otro, todavía.

se quitó la marlota y alfombró la puerta de la tienda, cubriendo con ella jaramagos y cascotes.

el dulimán, la chilaba, el manto, la almalafa, el sayo, la marlota o lo que fuera, se levantó del suelo y, volando, volando, fue en busca de la mar, adentrándose en ella hasta la altura de la Puntica, donde empezó a dar vueltas sobre sí, arrastrando con el agua cantidad de trasmallos y peces.

-¡un milagro!

-un milagro, no –respondió otro, a quien la luz de un relámpago le dejó sin habla.

-milagro, tromba de agua o espejismo -adujo la mujer-, ¿qué más da...? Una cosa es bien cierta, sin embargo.

-¿y es...? –se interesó el hombre de la moneda.

-la esperanza. Sin fe, amigo mío, ni se vuela ni se aprende.

el hombre, entonces, hizo entrega de su moneda al más alto, hermoso y fuerte de los esclavos.

aquel que encendió la barrita de incienso y la mantuvo, chispeante y ahumadora debajo de sus pies, no supo qué hacer con la moneda y acabó devolviéndola.

el amo, contrariado, dio su moneda a otro.

el segundo de los esclavos, aquel que tocó aquí y allá con plumas de alimoche y se maravilló de ver resucitado lo que creía muerto, se vio en la cara de la moneda y dijo que no con la cabeza.

el amo, desalentado y sin entender, recurrió al último de los esclavos.

el tercero, aquel que aromatizó el bebedizo y lo ofreció con zalemas de bella ejecución, tras empañar la plata con su aliento, levantó los brazos a la par, situó la moneda a la misma altura del horizonte, dio tres resoplidos larguísimos y la dejó ir como un pájaro tontiloco)!»

Ya en referencia a la posible fecha de su escritura, he de añadir que la escribió seguramente en Lorca y después de contraer matrimonio con Eulalia Martínez Guijarro. Aquella sociedad urbanístico-turística se rompió, cada uno marchó a su lugar, guardó sus recuerdos y la vida siguió. Mas quedó una interpretación literaria de aquello que jamás llegará al gran público, a no ser que los herederos de CN lo permitan.

Pero existen otros indicadores que me hacen magnificar mis recuerdos. La descripción de las mujeres en general y de cada una en particular incluye momentos deliciosos, elementos novelescos inolvidables, porque caricaturiza y describe con pormenores pasajes concretos. Ejemplo: el de aquella señora, Lucía Grandville, que tiene su casa en la cima de un monte al que se accede por una cuesta tan empinada que no la sube coche alguno. Todo ha de llevarse por medio de caballerías. Así sucede cuando se le ocurre tener un piano en su casa. Traído desde Europa, ha de ascender hasta su casa a lomos de un burro que lo hace con denodados esfuerzos hasta que, cerca del final, en lo más duro de la cuesta, el burro no puede más, se abre de patas y resbala con lo que el piano cae dando volteretas hasta el mismo inicio de la cuesta. Burro, pues, deslomado, piano hecho añicos y la música flotando en el aire. Lo interesante de todo esto no es el hecho, risible y cómico en sí, sino cómo lo narra, cómo lo adorna de

objetos y cosas mágicas y resulta una página ejemplar, lírica, cómica, alegre, algo no muy visto en su literatura anterior.

Así lo describe el autor:

«Curro, consciente de lo que se jugaba de no alcanzar los últimos repechos, se cabreó con el burro, y el animal, al oír la tralla y sentir el punzón en los ijares, intentaba, mediante un postrer y desesperado esfuerzo, coronar la cuesta, cuando estallaron las cuerdas que sujetaban el piano a los adrales y, cayendo de bruces, hociqueó la tierra. El piano había tomado pendiente abajo y corría marcha atrás, seguido de la chiquillería: un caterva ruidosa y festejante que ensayaba voces con que remedar los sones que los sucesivos y continuos tumbos iban arrancando de las cuerdas. [...] Lucía Grandville se unió a la comitiva y se integró en el festejo subiéndose la falda a la altura de su cabeza para dejar su trasero al descubierto. El culo de madame Grandville, visto por el último sol de la tarde, venía a ser como un perol de cobre que, puesto sobre las trébedes, se dejase lengüetear por el fuego. [...] El piano se había detenido en el ribazo de una era colindante con el Cerrito del Sueño y madame Grandville ordenó trasladarlo y disponerlo en el centro del redondel, a donde se dirigió seguida de la gente, que le rodeó, curiosa, cuando alguien se le acercó llevándole el taburete. Antes de graduarlo y tomar asiento, limpió el teclado con uno de los pañuelos que le servían de sobre falda y, después de jugar las manos para agilizar los dedos, levantó la cabeza y sonrió al auditorio con una mirada, de un lado dulce, y del otro, inerte. Los primeros y rotundos acordes derivaron en una melodía cadenciosa, sobre la que la pianista se dejaba ir, acoplando los movimientos de su cuerpo al aleteo de sus manos, y sin perder la sonrisa al concentrarse, mientras memorizaba sobre la blancura del teclado. De pronto, se detuvo, apoyó los pies en el suelo, dio impulso al taburete y giró vertiginosamente sobre él, haciendo volar en torno a ella los pañuelos de la sobre falda, que se abrieron en forma de aureola».

La sola lectura de cuanto antecede y es una muestra del cambio estilístico de CN permite concebir el vuelco que a su escritura había dado el novelista. Este nuevo modo de novelar, sin entrar en otros análisis pues no son de este momento y no hay otros fundamentos en que basarse, son los que me hacen pedir una y otra vez su publicación.

Esto es cuanto recuerdo sobre esta novela inédita y apporto para el conocimiento del novelista lorquino. Quiera Dios que antes de mi muerte pueda ver la novela publicada y leerla. Mi dedicación a la persona y obra de Castillo Navarro quizá se lo merezca [8]. Pero no depende de mí el que esto sea así. De todos modos, si hubiera sabido que esto iba a terminar así, hubiera fotocopiado los textos, aun sin disponer de ellos para su uso público. Lo lamento, pues estarían conservados en mi biblioteca.

NOTAS

[1] La colección de cuentos inédita titulada *Cuentos para aprender a vivir* incluye uno titulado *Noches en Pérez Casas* en el que introduce algunos recuerdos de su estancia en la casa que fue del padre de su esposa Eulalia Martínez Guijarro, también escritora.

[2] Para todo cuanto haga referencia a vida y obra de Castillo Navarro, recomiendo la lectura o consulta en VVAA (Manuel Martínez Arnaldos-José Luis Molina Martínez - Santos Campoy García, eds.), *José María Castillo Navarro. Vida y Obra. El cuento y la novela de su época (1950-1975)*, Ayuntamiento de Lorca - Universidad de Murcia, EDITUM, 2011. Cuenta este libro, que recoge las Actas del Congreso Internacional sobre el novelista celebrado en Lorca en 2008, con abundante bibliografía sobre el autor y su obra. Remito igualmente al lector a mis ediciones de *El cansado sol de septiembre* (Ayuntamiento de Lorca, 2006) y *Manos cruzadas sobre el halda* (Asociación Amigos de la Cultura et alii, 2008). Vid., además, Eulalia Martínez Guijarro/María Sastre Fernández, *Gente de Lorca*, Madrid, 1982, págs. 375-411; José Luis Molina Martínez, *Acercamiento e interpretación de Castillo-Navarro*, Lorca, 1990, págs. 7-10; J. L. Molina Martínez, «Castillo-Navarro», en *Narrativa de autor lorquino (1884-1991)*, Lorca, Cajamurcia, 1992, págs. 77-95; Helena Penseel, *Un tema delicado. La influencia de la censura sobre dos novelas de José María Castillo Navarro*, Ayuntamiento de Lorca, 2003, págs. 35-39.

[3] Por esta novela ganó el premio Ciudad de Barcelona, 1958. Vid., *La Estafeta Literaria*, nº 115, 1958, 3ª época.

[4] Vid., Melchor Fernández Almagro (1962), «*Los perros mueren en la calle*. Por Castillo Navarro», en *ABC* (22 de julio).

[5] José Luis Molina Martínez (2011), «No se desvanecería la novela como género si *Manos cruzadas sobre el halda* fuese una novela lírica», en (Manuel Martínez Arnaldos - José Luis Molina Martínez - Santos Campoy García, eds.), *José María Castillo Navarro. Vida y Obra. El cuento y la novela de su época (1950-1975)*, Ayuntamiento de Lorca - Universidad de Murcia, EDITUM, pp. 423-434.

[6] Miguel Galindo Artés (2009), «Dominique Aubier, la dama de Carboneras», en *Axaquí, revista del levante almeriense*, nº 14, verano.

[7] Francesc Catalá Roca hizo una serie de fotos en una corrida de toros que se celebró en 1954 en Carrascosa del Campo. Toreaba Luis Miguel Dominguín y estuvo presente Lucía Bosé, que más tarde sería su esposa.

[8] Vid., José Luis Molina Martínez (2008), «José María Castillo Navarro: desde el realismo y otros rótulos al silencio voluntario», en *Proyecto Ensayo Hispánico* (www.ensayistas.org/filosofos/spain/castillo/introd.htm)